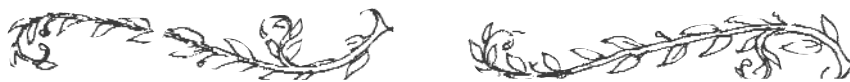
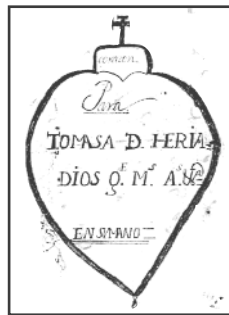




**Cartas de amor en la España  
del Siglo de Oro**  
Jesús M<sup>a</sup> Usunáriz



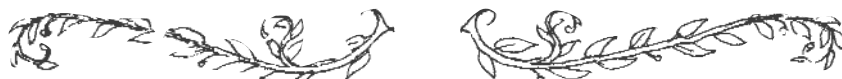


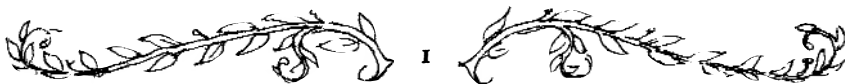
Esta serie de Pliegos volanderos del GRISO (Grupo de Investigación Siglo de Oro de la Universidad de Navarra), no venal ni periódica, se destina a los suscriptores de las colecciones y revistas del GRISO, pero cualquier interesado puede solicitar ser incluido en la lista de envío. Para ello dirigirse a:

Inmaculada Medina  
Departamento de Literatura Hispánica  
Universidad de Navarra  
31080 Pamplona (Navarra) ESPAÑA  
Telf.: 948425600. Ext. 2011  
Fax: 948425636  
imbarco@alumni.unav.es

Agradecemos a la Fundación Universitaria de Navarra y al Banco Santander Central Hispano su ayuda en los proyectos del GRISO.

## DATOS LEGALES





**CARTAS DE AMOR  
EN LA ESPAÑA  
DEL  
SIGLO DE ORO**

Hace ya varias décadas que los historiadores se han preocupado por estudiar y conocer el papel de los sentimientos en la formación de las parejas y en la vida de los matrimonios de los siglos XVI, XVII y XVIII. Pero hurgar en los sentimientos, en las emociones, contaba y cuenta con la dificultad de disponer de las fuentes adecuadas.

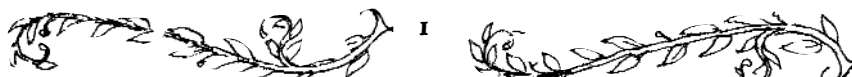
¿Existe para nuestro propósito, para saber algo sobre el amor y las emociones en los siglos pasados, algo que vaya más allá de los ricos testimonios literarios?

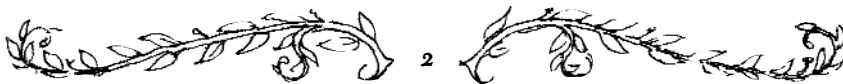
En 1560 escribía Pedro de Navarra, en su obra *Diálogos de la diferencia del hablar al escribir*: «la palabra no dura más de cuanto es pronunciada, pero la escritura todo el tiempo que fuere conservada; y la palabra, si se oye, no se ve, pero la escritura se ve escrita y se oye si es leída; e la palabra no se comprehende sino de cerca, pero la escritura se hace sentir en cabo del mundo».

La frase de Pedro de Navarra es, desde luego, atractiva, y puede ser válida para las escrituras públicas, para los testimonios, como sostiene el profesor Bouza, que proceden de las elites sociales, cuyos textos pueden conservarse mejor gracias, de alguna manera, a la garantía que les ofrece el respaldo institucional. Nuestros archivos

A. Castillo, «“Como el pan diario”. De la necesidad de escribir en la Alcalá renacentista (1446-1557)», en *Scrittura e Civiltà*, 23, 1999, p. 308.

F. Bouza, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*, Madrid, Síntesis, 1992.



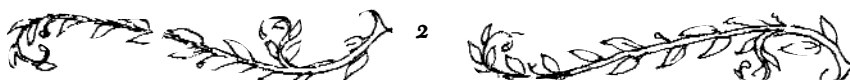


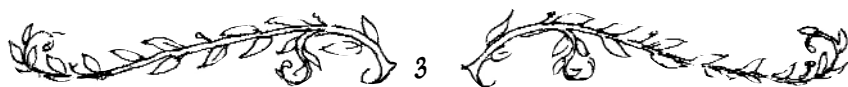
están plagados de correspondencia: cartas de embajadores, de reyes, virreyes, de instituciones... Y es que la carta en la Edad Moderna, cobra una posición de privilegio. En *El Crítico*, Baltasar Gracián recoge el debate entre las Artes y las Ciencias por el título de reina y augusta emperatriz de las letras. Cuando a punto de dar sentencia, el presidente de la Academia alaba el *Arte de escribir cartas* de Luis Vives, da lugar a la carcajada general. Ante ello, el presidente, compuesto, con gesto de severidad dice: «Advertid que no hay otro saber en el mundo como el saber escribir una carta: y quien quisiere mandar, platique aquel importante aforismo: *Qui vult regnare, scribat*, quien quiere reinar, escriba». Mas en tales misivas y salvo magníficas

excepciones, pocas veces aflo-  
ran en sus líneas, en sus párra-  
fos, los sentimientos más pro-  
fundos de la tan a veces  
insondable alma humana.

No obstante sabemos de la existencia de una abundante correspondencia amorosa, al menos en los ámbitos literarios. Podemos remontarnos, siguiendo el sendero marcado por los eruditos hasta las 122 cartas amorosas del griego Alcifrón, a las del también heleno Aristeneto, a las *Heroidas* del romano Ovidio, a las cartas de Pedro Abelardo en el siglo XII a su amada Eloísa, a las de numerosos trovadores provenzales. Resulta, por ejemplo, muy sugestivo para el que esto escribe «el hecho de que la primera epístola literaria española -como revelan las filólogas Sylvia Roubaud y

Según cita del marqués de Saltillo en el prólogo a la edición de J. Segura, *Proceso de cartas do amores y quexa y aviso contra amor*, Madrid, Sociedad de bibliófilos españoles, 1956, pp. X-XVII.





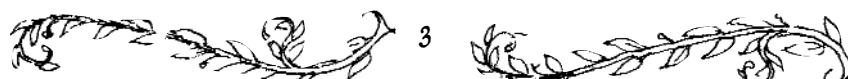
S. Roubaud  
y M. Joly,  
«Apuntes  
sobre la carta  
fuera del  
género epis-  
tolar», *Criti-  
cón*, 30, 1985,  
p. 116.

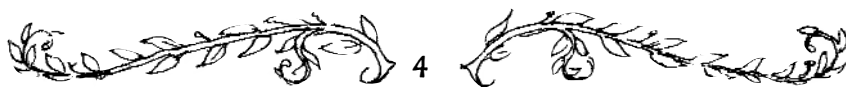
Monique Joly-, aparezca en el siglo XIII en la *Crónica General* de Alfonso X el Sabio, bajo la forma de una carta femenina de despecho, la de la reina Dido a Eneas, basada en la séptima *Heroida* de Ovidio». A principios del siglo XV encontramos la novela catalana *Storia del amat Frondino et de Brissona*, en donde se recogen cinco cartas de amor. No hay que olvidar tampoco la gran influencia de la *Historia de duobus amantibus Eurialo et Lucretia*, escrita en 1444 por Eneas Silvio Piccolomini, que inserta diez cartas de amor (lo que dio lugar a más de treinta ediciones latinas entre 1470 y 1500, además de traducciones al alemán, italiano, francés, español e inglés).

El gran impulso que

tuvo el género de ficción sentimental en Castilla en los siglos XV y XVI, como muestra el número de la revista *Ínsula* (marzo, 2001), dio lugar a la impresión de obras de gran difusión e influencia posterior como la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro (1492), en donde se narran las peripecias de los enamorados Leriano y Laureola, o en la *Historia de Grisel y Mirabella*, escrita en 1495 por Juan de Flores. Y en las dos un interesante repertorio de epístolas de pasión desesperada. Una de las causas del clamoroso éxito del libro *Marco Aurelio*, escrito en 1518 por el cortesano Fray Antonio de Guevara, fue, según la opinión del hispanista Augustin Redondo, la inclusión de las «Cartas de amores», que el emperador romano «escribió siendo mozo a sus enamora-

A. Redondo,  
«Antonio de  
Guevara y  
Diego de  
San Pedro:  
las "cartas de  
amores" del  
Marco Aurelio,  
*Bulletin His-  
panique*, 78,  
1976, pp.  
226-39.



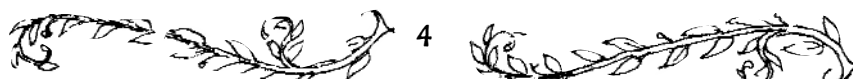


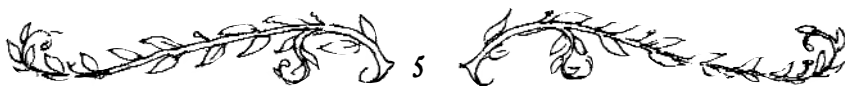
das» y que sólo son fruto de la imaginación de su autor. Y ¿por qué? Pues porque «los cortesanos encontraron en ellas ese ambiente de novela sentimental que tan grato les era, expresado con idéntica retórica, pero envuelto en un ropaje romano que les daba la impresión de adentrarse en el mundo clásico, tan de moda». Es revelador, también, que la primera novela europea escrita íntegramente en forma epistolar fuera el *Proceso de cartas de amores* de Juan de Segura, publicada por primera vez en Toledo hacia 1548, que incluye cuarenta y cinco cartas, firmadas por un tal «Captivo» y por una tal «Servidora», en donde se intercambian expresiones como «La más sin ventura de las nacidas» o «Beso las manos de vuestra merced».

Esto es, ni más ni menos, que el reflejo evidente de la notabilísima influencia de los clásicos en las elites culturales y en los ambientes cortesanos de los siglos XV y XVI. Pero ¿responde su práctica a una realidad cotidiana o es sólo fruto de un género de moda en determinados ambientes cultos? El citado Antonio de Guevara respondía en sus *Epístolas familiares* a las críticas que se le hacían de su vida pasada, y que mancillaban, según algunos maledicentes, su posterior estado clerical. Y decía a su destinatario: «yo confieso que nascí en el mundo, anduve por el mundo y aun fui sólo uno de los muy vanos del mundo. También confieso que gasté mucho tiempo en ruar calles, ojear ventanas, escrebir cartas, recuestar damas, hacer

A. Redondo,  
«Antonio de  
Guevara y  
Diego de  
San Pedro:  
las "cartas de  
amores" del  
Marco Aurelio»,  
*Bulletin His-  
panique*, 78,  
1976, pp.  
226-39.

Citado por  
A. Redondo.





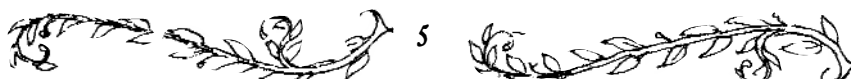
gar. y despues de besar le las manos recebi su carta:  
ta: las razones dela qual eran tales.

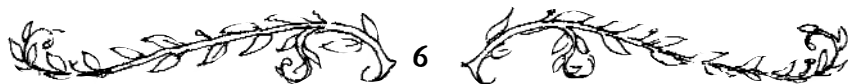
### Carta de laureola a Ieriano



A muerte que esperauas tu d penado/  
merescia yo por culpada: si en esto q ha-  
go pecasse mi voluntad/ lo q cierto no es  
assi: q mas te escriuo por redemir tu vi

C V





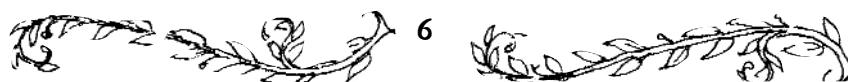
promesas y enviar ofertas, y aun en dar muchas dádivas».

«Escribir cartas» dice Guevara, como práctica habitual en sus flirteos amorosos en la corte. Pero, ¿fue algo exclusivo de la corte?

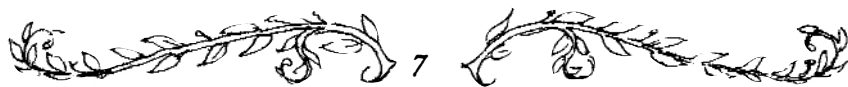
En 1535 aparece impreso, un pliego de cordel anónimo, titulado *Cartas y coplas para requerir nuevos amores*, de amplia difusión al parecer. Este escrito incluía seis cartas, con algunos versos, en lo que parece ser «un manual epistolar con modelos para distintas situaciones amorosas», pero con unas formas propias según las citadas hispanistas Roubaud y Joly, «del código epistolar de los rufianes». Un código que aparece, por ejemplo, en la *Relación de la cárcel de Sevilla*, de Cristóbal de Chaves,

donde se dice: «Hay muchos presos que ganan su vida a escribir cartas y billetes de amores para fuera de la cárcel; y otros que se sustentan de saber pintar al cabo de los billetes un corazón, pasado con sus saetas, y otros pintan un hombre de rodillas en el billete, con unos grillos y una dama que tiene de la mano la cadena, con una copla que le sale de la boca, que declara su pasión».

Cartas breves, billetes, corazones atravesados con declaraciones de amor. Existía por tanto una correspondencia amorosa, que iba más allá de los ámbitos más cultos. Como sostiene Antonio Castillo «la carta, sin duda se erigió en uno de los instrumentos de comunicación más efectivos de la sociedad de los siglos XVI y XVII. Desde







A. Castillo  
Gómez,  
«“Hablen  
cartas y  
callen bar-  
bas”. Escrí-  
tura y socie-  
dad en el  
Siglo de  
Oro», *Histo-  
riar*, 4, 2000,  
p. 117.

los despachos de los gober-  
nantes hasta los escritorios de  
las gentes de letras, incluyen-  
do algunas modestas salas de  
casas más humildes, muchos  
fueron los momentos, los  
lugares y los contextos que de  
pronto se vieron sorprendi-  
dos por la llegada de un men-  
sajero o la de un trotero por-  
tando nuevas».

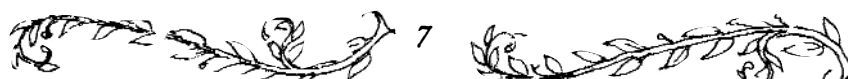
Su existencia, por  
tanto, está confirmada. Y  
esto, les aseguro, al historia-  
dor le llena de angustia. Si  
existen, ¿dónde están? Para  
muchos autores dependemos  
de algo tan voluble como la  
suerte: «Sólo el azar o la vo-  
luntad de tercero (escribe  
Bouza) ha hecho posible que  
conozcamos hoy esas secretas  
obras de la intimidad». La  
mayor parte de las cartas, de  
los diarios, son resultado de  
«supervivencias casuales»,

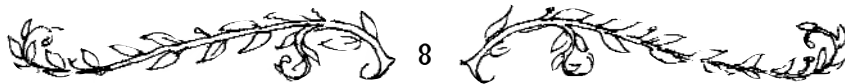
dice María Luz Mandigorra.  
Soy de la opinión de que no  
siempre ha sido así, de que si  
contamos con esta fuente tan  
rica y apasionante como las  
cartas personales es por un  
motivo, por la existencia de  
una mentalidad de conserva-  
ción, de que se escribe por  
algo, por dejar constancia de  
algo. Y que si se guardan en  
los baúles, en los escritorios,  
en las faltriqueras, y en los  
zurrones, obedece a su vez, a  
una razón más o menos medi-  
tada. Pero «¿cuándo existe un  
deseo, una conciencia real de  
hacer perdurar en el tiempo  
la información confiada a la  
escritura?».

La respuesta está en  
los pleitos por promesa  
matrimonial que se dirimían  
en los tribunales eclesiásticos.  
La carta de amor se presenta  
ante el juez como prueba de

M<sup>a</sup> L. Man-  
digorra,  
«Usos priva-  
dos de la  
escritura en  
la Baja Edad  
Media. Secu-  
encias  
espacio-tem-  
porales y  
contextos de  
uso», en C.  
Saez y J.  
Gómez Pan-  
toja (eds.),  
*Las diferentes  
historias de  
letrados y  
analfabetos*,  
Alcalá, Uni-  
versidad,  
1999, p. 71.

F. Bouza, *Del  
escribano a la  
biblioteca. La  
civilización  
escrita europea  
en la Alta  
Edad Moderna  
(siglos XV-  
XVII)*,  
Madrid, Sín-  
tesis, 1992.

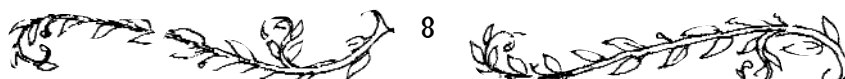


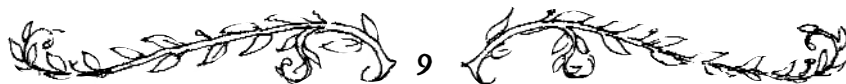


la promesa intercambiada entre un hombre y una mujer, y que uno de ellos, normalmente el hombre, se negaba a cumplir. Por tanto la carta de amor se conserva como una prueba judicial de la palabra dada, presentada ante la Audiencia episcopal. Es aquí donde se encuentra una de nuestras principales fuentes. De hecho, los ejemplos que transcribimos a continuación son una muestra de lo que se conserva en el Archivo Diocesano de Pamplona y que hemos podido consultar gracias a la ejemplar labor de catalogación que durante varias decenas de años han llevado a cabo su director, D. José Luis Sales, y su estrecho colaborador D. Isidoro Ursúa.

Unos ejemplos que son el primer paso de un proyec-

to más amplio de recogida de esta atractiva fuente por diferentes archivos diocesanos de la antigua Monarquía hispánica. Es también, el primer paso para la edición conjunta, a corto plazo, de una relación de cartas literarias y de cartas autógrafas del Siglo de Oro, como un ejercicio de historia y de literatura comparada. Ambos proyectos servirán para introducirnos en el estudio de la historia social del lenguaje, de la historia de lectura y de la escritura... Por último, su estudio, con toda probabilidad, nos ayudará, gracias al análisis de cuestiones como el papel de padres y parientes en la formación de las parejas o como las relaciones sociales o los ámbitos de la sociabilidad que se describen, a profundizar en el campo de la historia de la familia y de la historia





social de nuestro Siglo de Oro.

### LA PROMETIDA ESCRIBE A SU ESPOSO

Una joven guipuzcoana, Águeda de Arbizu, se había prometido con un alférez de San Sebastián, Juan Salmón de Camargo, sin que lo supiese su padre. Desde el día de su promesa ambos mantuvieron una abundante correspondencia amorosa. En 1602 ella le escribía esta carta a su prometido, que se encontraba en la corte de Valladolid, intentando conseguir un ascenso. La carta manifiesta el deseo inquebrantable de Águeda de cumplir con la palabra dada, y exige de su amado la misma firmeza.

«Esposo de mi alma:

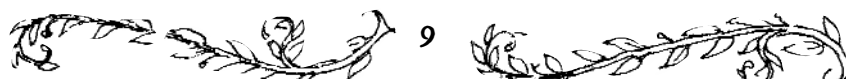
Grande es el contento que he recibido con tu carta, que sabe Dios, amores míos, con la pena que estaba por no haber recibido carta tuya.

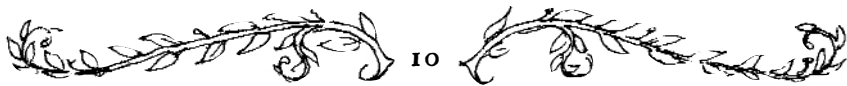
Tiénesme tan desgustada, alma mía, todas las veces que dejas de escribirme, que me parece que no te acuerdas de mí. Y pues sabes la pena con que estoy, no me hagas estar con pena.

Bien sabes, esposo de mi alma, que no hay más de una fe y un Dios. Y pues me la diste, estás obligado de aguardármela, como yo lo hago. Que aunque me quisiese mi padre casar con el más rico del mundo no te trocaría; antes me dejaría de hacer pedazos que negarte la fe que te he prometido.

Dices, amor mío que me has escrito siete cartas. Las cinco he recibido, las otras dos no. A todas te he respondido. Y si tardan las respuestas, no te aflijas ni te dé pena, que es porque no tengo quien me escriba. Pero si puedo, no faltaré jamás de responder.

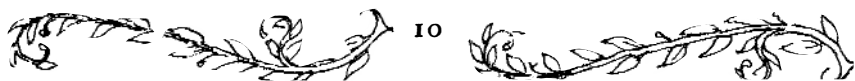
Avisame si has recibido una carta mía de letra de Joan Pérez de Murtio, con una sinta de mis cabellos dentro. Pesaría-me que





este triste corazón  
significa pena grave  
pero el de mi pecho sabe  
hacer de penas blasón

Este triste corazón  
significa pena grave,  
pero él de mi pecho sabe  
hacer de penas blasón





se perdiese.

Dícesme por tu carta que no te contentan las damas de esa corte. Querría que fuese así, porque no me olvidases, esposo mío. Que como sois hombres luego se te olvidará. Pero a mí no, jamás; que sabe Dios el amor que se me ha entrado.

Después que te fuiste yo estoy muy arrepentida de no haber hecho tu gusto, y pagádote aquellas malas noches que por amor de mí llevaste tan sin provecho. Pero suspende tus deseos hasta la venida, que yo te daré gusto en cuanto me pidieres. Y sabes que me prometiste que cuando vinieses habías de venir secretamente y estar conmigo ocho días en casa de Triana. Hazlo, amor mío, pues puedes muy bien. [...]

Adiós, esposo mío de mi alma. Y no te descuides de escribirme todos los ordinarios, que el día que no viene carta para mí estoy errenegando de la madre que me parió. Adiós, amor mío. Tuya hasta la muerte, a pesar de Marina.

De San Sebastián, a 16 de noviembre de mil seiscientos y dos años. Adiós, mi esposo.

[Al dorso] Al esposo de mi alma, el alférez Camargo, en Valladolid».

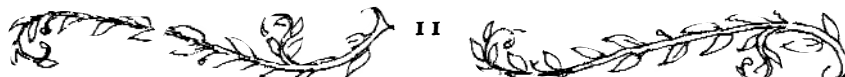
## UN POEMA DE ENAMORADOS

A comienzos del siglo XVII D. Francisco López de Dicastillo y Doña Isabel de Errazquin mantuvieron una larga correspondencia amorosa, en donde no faltó un intercambio de poemas mezcla de pasión, picardía, despecho, celos y esperanza.

Es en ellos donde aparecen símbolos como el de un corazón atravesado, que no era, ni mucho menos extraño, como apuntan las citadas profesoras Robaud y Joly. En la *Segunda Celestina* de Feliciano de Silva, Polian-dria y Poncia comentan una carta enviada a ésta por el criado de Fliede, el mozo de espuelas Pandulfo, en donde se incluían expresiones como

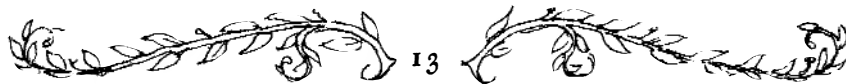
Archivo Dio-  
cesano de  
Pamplona  
(ADP), Allo,  
c. 884, núm.  
14.

Marina: una  
vecina entro-  
metida.





otra se me ofrece dolor. Si no me remediass/ he de  
 ser muerta: si me libras y lieuas ser cõdenada. y  
 por esto te ruego mucho/ te trabajes en saluar mi  
 alma/ y no mi vida: pues lo vno se acaba/ y lo otro  
 nra. Busca como dizes q hazeo/ qnẽ amanse la  
 aña del rey/ que dela manera q di ça no puedo ser  
 salua/ sin destruyciõ de mi hõra. y decado esto a tu



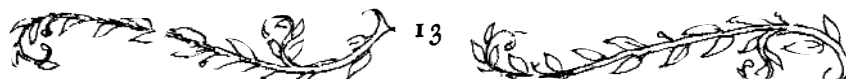
esta: «Ahí te envió mi corazón pintado en esta carta, atravesado como lo verás con esas saetas, que tal me tiene tú a mí el mío, mi alma». O poco más adelante: «Y señora mía, tú eres la que mis entrañas puedes sanallas, y pues tu beldad me hirió, sáneme tu piedad. ¡Ay corazón que me muero! ¡Ay entrañas, que me fino! ¡Ay mi alma, que me matas! Como lo dice esta copla: Eres tan hecha de flores / y de perlas y azucenas / que me ponen mil dolores / que me ponen más temores, / que me han de matar tus penas. / Linda dama en perfección / sabida entre las discretas, / ves ahí mi corazón / como está tan sin razón / pasado con tres saetas».

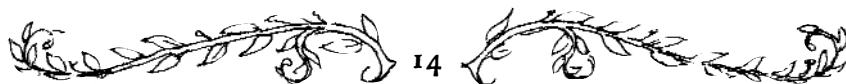
## PROMESAS Y REPROCHES

A mediados del siglo XVIII, José Domingo de Huici, marinero, vecino de San Sebastián había dado palabra de matrimonio a Tomasa de Eibar, vecina de Azpeitia, como constaba en la correspondencia intercambiada entre ambos. En sus cartas no falta el dibujo que representa el corazón de un doliente José Domingo de Huici del que se desprende una gota de su sangre, símbolo de su entrega, y de su promesa.

Una relación que no pasaba por un buen momento pues a ella le llegaban diversos rumores de la intención de su prometido de casarse con otra. Algo que provocó

Archivo Diocesano de Pamplona (ADP), Olo, c. 1651, núm. 29.





la indignación de Juan Domingo, que reprochó en una de sus cartas a Tomasa el caso que ésta hacía a tales cotilleos:

«Querida Tomasa:

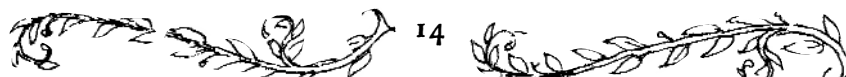
Esta sirve para participarte cómo el día 6 salimos desde el Pasa-je a las dos de la mañana, y lleguemos a esta el día 8 con toda felicidad. Y al día siguiente nos mandaron pasar a Guarnizo, en donde nos hallamos, hasta que nos manden hacer la descarga, que espero haremos esta o en la otra semana. Y pasados algunos días puede ser que pase a esa sin que esté mucho tiempo aquí.

Recibí tu carta en el Pasa-je la noche que salimos, que me entregó Oyarzun, como te lo habrá dicho. Y en su respuesta te diré que te creo muy bien que alguna que tiene deseo de dar la alma al diablo te hubiera dicho, pues en San Sebastián no hay otra cosa que tenga más que decir que mi casamiento. Y aún decían que luego que partiese de esa le dejé para poder casar, pues la experiencia lo enseña y enseñará

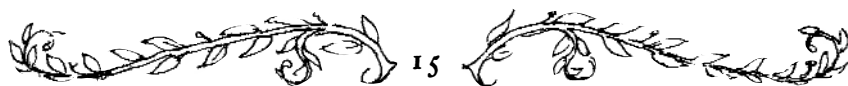
si es verdad o no. Y en virtud de esto puedes satisfacerte, porque no tengo falsedades, como las que tú pienzas, pues te aseguro que me has echo sentir y llorar bastante con tus cosas, que estando presente no me hubieras dicho; pero como se escribe cualquiera cosa pensando que son nulos, después de haberse escrito se engaña cualquiera que no hace, y tú no menos. Pues, ¿quién te mete a decir que Dios me ha de castigar si no cumplo con mi obligación, con otras diferentes cosas que no son conducentes para el caso, y que tengas el menor desengaño de mí? Pues te aseguro, como amante tuyo, que no tengo ni tendré cargo de conciencia en este mundo ni en el otro por esto. Y si yo pretendiese, como te han dicho, casar con otra, te lo hubiera dicho y desengañado claramente, para que no tuvieses esperanza ninguna de mí. Pero no hay tal cosa. Y agur, que te espero ver sin que pase mucho tiempo, que será antes de Pascuas de mayor. Agur nerea, beti, beti [Adiós mía, siempre, siempre].

Tuyo soy siempre hasta la muerte,

José Domingo







Archivo Dio-  
cesano de  
Pamplona  
(ADP),  
Almandoz, c.  
1813, núm. 9.

## UN BREVE BILLETE

Hacia 1722 un hombre de negocios bilbaíno, Juan Patricio Grant, mantenía relaciones con María Josefa de Zapiain, vecina de San Sebastián, a la que había dado palabra de matrimonio y con la que intercambió una abundante correspondencia, a través de breves y significativas notas:

«Dime querida Pepa, chulita mía, hechizo de el alma:

Ya hay dos años que no te veo, y estás olvidada de mi constante amor. Mira, esta mañana, a las doce, hice el paquetillo que lleva la portadora para ti y lo envié a casa de tu madre, pero no la hallaron, ni aún siquiera la perrita "Nobleza". Ahora son las doce de la noche, así no tengo lugar de escribirte más largo. Sólo te ruego que seas constante y que no digan con razón que eres variable. Avíseme de cuanto se ofreciere y en

cuanto pudieres ocuparme no me escuces, pues no anhelo por otra cosa que por servirte. Adiós, querida mía, hasta la vista,  
Tuyo, tuyo, tuyo  
[Al dorso] Esta cartica es para Pepita, Leonor, "la esquiva"»

## UNA CARTA PARA LA FUTURA SUEGRA

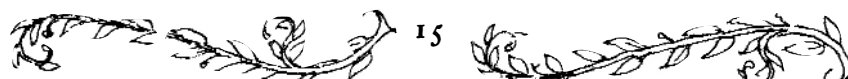
El 8 de marzo de 1790 Juan Ignacio, natural de Azpeitia (Guipúzcoa) y residente en Cádiz, escribía una carta a María Jesús de Hoa, madre de su prometida, Juana de Aizpurúa, ambas vecinas de Pasajes. En ella solicitaba la aprobación de su matrimonio con Juana.

«Mi señora D<sup>a</sup> Jesús  
María de Hoa.

Muy señora mía:

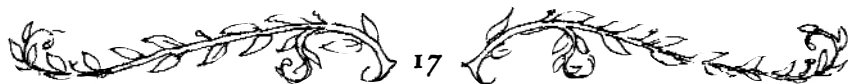
Deseándola a v.m. la más completa salud en medio de sus quebrantos, que me son dolorosos,

Archivo Dio-  
cesano de  
Pamplona  
(ADP),  
Navarro, c.  
2405, núm. 7.





Corazón amoroso (Carta de Juan Domingo)



y ofreciendo la mía a su disposición, paso a participarla cómo las bellas cualidades de su hija Doña Juana me tienen sumamente rendido. Y para el logro de ellas, y el deseo tan ardiente que me asiste para enlazar el vínculo del santo matrimonio con la dicha su hija, merecería mucho al favor de v.m., el que me aprobara mi pretensión, cuando no digna por mis méritos, acreedora por mi justa pasión. Que para mayor acierto, y la misma solitud, intereso a su hija D<sup>a</sup> Manuela Antonia y su esposo D. Antonio María, quienes podrán a v.m. informar de mi conducta, con el seguro de que hallará en mí un humilde criado. Y para el mayor acierto de su servicio y enlace de nuestro matrimonio, espero su consentimiento, advirtiéndola que en el primer barco que se me presente tengo ánimos de dar una vista a mi patria, la que me será muy gustosa si llega a debido efecto mi pretensión. Cuya deliberación espero comunicará v.m. con la mayor brevedad a su hija D<sup>a</sup> Manuela Antonia y su señor esposo D. Antonio María, por si yo antes me pusiese en camino. De cuya concesión quedaré muy obligado a las cosas de su

mayor agrado, y por consiguiente más internado nuestro parentesco, para lo cual pido a Dios guarde su vida muchos años. Caño del Trocadero, 8 de marzo de 1790

B.l.m. su más rendido criado

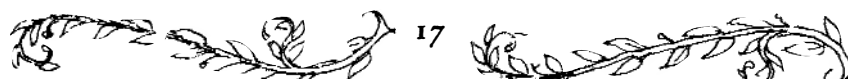
Juan Ignacio de Odria

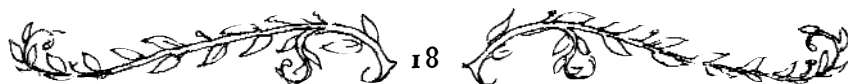
[Al dorso] A mi señora, D<sup>a</sup> María Jesús de Hoa y Aizpurúa, b.l.p.s.s.s.»

## UNA RUPTURA

El 13 de febrero de 1681 Andrés de Ureta escribía a Magdalena de Echeto, su prometida, una carta desde Pamplona. En ella se arrepentía de haberle dado palabra de matrimonio pues consideraba que no tenía suficientes recursos para que la boda se llevase a cabo. Si bien no rompía definitivamente con su promesa, mediante la carta abría la posibilidad de una ruptura consentida por ambas partes:

Archivo Diocesano de Pamplona (ADP), Lanz, c. 1149, núm. 3.





«No puedo negar tengo a v.m. dada palabra de casamiento. Pero como con el tiempo las voluntades se mudan, mirando mejor las cosas, confieso también he vivido arrepentido de la palabra dada, por considerar las cortas conveniencias con que me hallo al presente, y conocer que el matrimonio más es para disgusto que para gusto, si en él no se hallan algunas conveniencias y se hace con todo gusto. Por esta razón hizo en esa ciudad las diligencias que v.m. en la suya me significa, y por la misma deseo, si v.m. es servida, me suelte la palabra. Y si v.m. no gustare no hay necesidad de pasar a más papeles, pues yo no niego la palabra, y sé que sin voluntad de usted yo no puedo saltar a ella. V.m. lo mirará bien y considerará que mi deseo no procede de falta de estimación de el favor que siempre v.m. me ha hecho, sino sólo de considerar las pocas conveniencias y gusto con que lo pasaremos en el matrimonio y de querer remediar con tiempo lo que después, aunque queramos, no podremos.

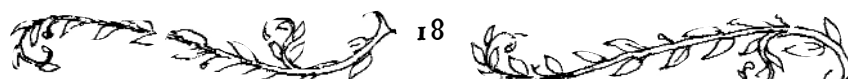
V.m. me avisará de su resolución y

me mandará en todo lo que fuere de su gusto, a quien guarde Nuestro Señor muchos años.

Pamplona y febrero a 13 de 1681,

De v.m. Andrés de Ureta.

S<sup>a</sup> Magdalena de Echeto».

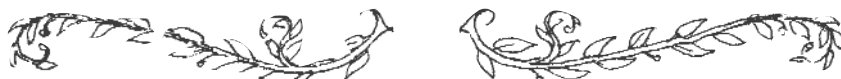


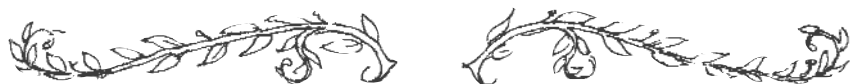


*La Perinola*  
*Revista de Investigación Quevediana*  
Universidad de Navarra

Para pedidos y suscripciones:

J. Enrique Duarte  
Edificio de Bibliotecas  
Universidad de Navarra  
31080 Pamplona (Navarra) ESPAÑA  
Tel.: (+34) 948425600. Ext. 2011  
Fax: (+34) 948425636  
E-mail: [eduarte@unav.es](mailto:eduarte@unav.es)  
[http://griso.cti.unav.es/docs/publicaciones/  
perinola/principal.html](http://griso.cti.unav.es/docs/publicaciones/perinola/principal.html)





PLIEGOS VOLANDEROS DEL GRISO  
Nº 5, diciembre, 2003

